

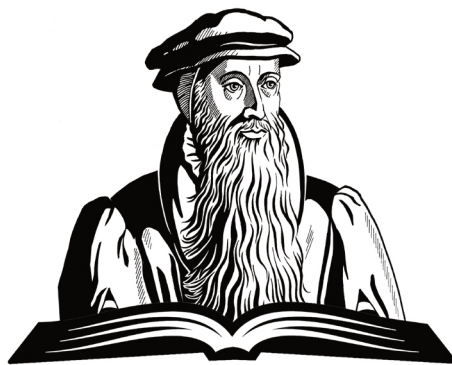
MÓDULOS DE VIDEOCONFERENCIAS

Teología Sistemática

Rev. Robert McCurley (ThM)
Módulo 2: La doctrina de Dios

Lección #5

Los atributos de Dios (1.^a parte)



The John Knox Institute
of Higher Education

Confiando nuestra herencia reformada a la iglesia en todo el mundo

Instituto de Educación Superior «John Knox»

Confiando nuestra herencia reformada a la iglesia en todo el mundo

© 2021 por John Knox Institute of Higher Education

Todos los derechos reservados. No se reproducirá ninguna parte de esta publicación de ninguna forma ni por ningún medio con ánimo de lucro, a excepción de citas breves con el solo propósito de revisar, comentar o investigar, sin el permiso por escrito del editor, el Instituto John Knox, P.O. Box 19398, Kalamazoo, MI 49019-19398, USA.

A menos que se indique lo contrario, todas las citas bíblicas son de la Santa Biblia, RV-SBT, copyright © 2023 por la Sociedad Bíblica Trinitaria.

Las traducciones de los documentos confesionales históricos, tales como, la Confesión de Fe de Westminster, el Catecismo Menor de Westminster y el Catecismo Mayor de Westminster fueron usados con el permiso de la Editorial de la Academia de Teología Reformada © 2024.

Visita nuestro sitio web: www.johnknoxinstitute.org

El Rev. Robert McCurley es ministro del evangelio de la Greenville Presbyterian Church [Iglesia Presbiteriana de Greenville], en Taylors, Carolina del Sur; una congregación de la Free Church of Scotland (Continuing) [Iglesia Libre de Escocia (Continuada)], del presbiterio de los Estados Unidos de América.

www.greenvillepresbyterian.com



Teología Sistemática

Módulo 2: La doctrina de Dios
por el Rev. Robert McCurley

1. Introducción
2. La naturaleza, los límites y los medios de conocer a Dios
3. Los nombres de Dios
4. El ser de Dios
- 5. Los atributos de Dios (1.^a parte)**
6. Los atributos de Dios (2.^a parte)
7. Los atributos de Dios (3.^a parte)
8. La Trinidad
9. El decreto de Dios
10. La predestinación
11. La creación
12. La providencia



TS 2: La doctrina de Dios

por el Rev. Robert McCurley

Lección #5

Los atributos de Dios (1.ª parte)

Los niños son curiosos por naturaleza. Nos damos cuenta por la gran cantidad de preguntas que hacen. Sus cabecitas comienzan a entender lo mucho que hay para aprender de todo lo que oyen y ven. Pueden preguntar: «Mamá, ¿por qué el cielo es azul?», o «¿por qué las vacas marrones comen pasto verde y producen leche blanca?».

Los niños que nacen en familias cristianas suelen preguntar cosas mucho más profundas, tales como: «¿Quién me hizo?». Bueno, Dios te hizo. «¿Quién hizo las aves y los árboles?». Dios los hizo. «¿Y quién creó la tierra y las estrellas?». Dios los hizo. Dios lo creó todo.

Y puedes notar, por la expresión de sus rostros, que sus mentes están analizando seriamente tus respuestas. Hasta que al final, llegan a la pregunta: «Mamá, ¿y quién creó a Dios?». Y tú sabes por qué preguntan esto. Porque si todo fue hecho por Dios, entonces, ¿quién hizo a Dios? Entonces, nosotros les explicamos: «Bueno, nadie hizo a Dios. Dios es, Dios existe, por su propio poder. Esto es algo exclusivo de Dios. Él es el Creador increado».

Vamos a aprender que hay muchas cosas sobre el Señor que son exclusivas de él, y de nadie más que él. Eso nos deja boquiabiertos y maravillados de su gloria divina, pero también desafía nuestras mentes, y puede que incluso nos dé dolores de cabeza. Pero no debería sorprendernos: Él es Dios; no es como nosotros.

Nuestras mentes finitas y limitadas no pueden comprender todo lo que hay para conocer del infinito e ilimitado Dios de la gloria. No deberíamos resentirnos por tener que exigir a nuestras mentes cuando meditamos en el Señor. En cambio, deberíamos rendirle culto y adoración, y regocijarnos porque él ha revelado sus perfecciones para que los creyentes lo contemplen.

La serie de lecciones de este segundo módulo o bloque de teología sistemática, está dedicada al estudio de la doctrina de Dios. El propósito es explorar lo que la Biblia nos enseña sobre Dios mismo. En la lección anterior, comenzamos a considerar algunos aspectos del ser de Dios. Aprendimos que Dios es simple, es decir, que no está compuesto por partes.

Que es infinito, que no tiene limitaciones; y que es Espíritu, es decir, sin partes ni cuerpo como los hombres. En esta lección, y en las siguientes, seguiremos meditando en el ser de Dios, al considerar más de sus atributos. Y, al hacerlo, edificaremos sobre lo que ya hemos aprendido.

Recordarás, por ejemplo, que la simplicidad divina nos enseña que sus atributos no son partes de Dios. Que no son solo descripciones de lo que tiene, sino que nos revelan quién es Dios, en sí mismo. En esta lección estaremos estudiando unos de los atributos más difíciles y abstractos de Dios. Así que, prepárate para concentrarte y esforzarte por aprender lo que la Biblia nos enseña.

En primer lugar, veremos brevemente un pasaje de las Escrituras que nos introduce en el tema que estaremos considerando. En Éxodo 3:14 leemos: «Y respondió Dios a Moisés: YO SOY EL QUE SOY. Y dijo: Así dirás a los hijos de Israel: YO SOY me ha enviado a vosotros».

Ya vimos este pasaje en una lección anterior. Dios se está revelando a Moisés en la zarza ardiente. Esto es previo a su encuentro con Faraón, previo al Éxodo y a la liberación de israelitas. Pero, fijémonos que su nombre, «YO SOY EL QUE SOY», revela muchas cosas sobre la gloria de Dios que son importantes para Moisés, y siguen siendo muy importantes para nosotros.

Nos muestra que Dios tiene vida en sí mismo. Dios no debe su existencia a nada fuera de él mismo. Él es el «YO SOY». Moisés, Faraón, Israel y todos los demás deben su vida y existencia a Aquel que es la fuente de todo ser. Es imposible para Dios no existir. Él existe necesariamente.

Aprendemos también que Dios es eterno. Él existe fuera del tiempo como Aquel que es eternamente todo lo que es, el «YO SOY». Asimismo, vemos que Dios no cambia. Tú y yo antes no éramos así: éramos bebés, luego niños, con mucho menos conocimiento; pero crecimos, aprendimos, y demás.

Y también, en el futuro, seremos diferentes a lo que somos ahora mismo. Nuestros cuerpos seguirán cambiando, nuestras almas harán lo mismo también. Pero, el Dios vivo y verdadero es inmutable, invariable. No puede cambiar. Él es el gran «YO SOY».

En esta lección, aprenderemos más sobre el ser divino de Dios. Al considerar más de sus atributos, veremos la existencia independiente de Dios, su naturaleza eterna, su inmutabilidad y su impasibilidad divina. Todo lo cual nos muestra más quién es él. Su autorevelación para con nosotros.

En segundo lugar, consideremos algunos aspectos doctrinales relacionados con estos cuatro atributos de Dios: su existencia independiente, su eternidad, su inmutabilidad, y su ser sin pasiones.

Recordarás que todas estas las mencionamos en el resumen que encontramos en la Confesión de Westminster, capítulo 2, párrafo 1, donde dice: «No hay sino un solo Dios, vivo y verdadero; quien es infinito en su ser y perfección, Espíritu sumamente puro, invisible, sin cuerpo, partes o pasiones, inmutable, inmenso, eterno, incomprensible, todopoderoso, sumamente sabio, sumamente santo, sumamente libre, sumamente absoluto...», y continúa así.

Pero advertirás que algunas de estas descripciones ya las hemos abordado. Entonces, el primero con el que comenzaremos será con la existencia independiente de Dios. Los teólogos llaman a este atributo la aseidad de Dios, el cual se deriva de dos palabras en latín: *a* y *se*, o «por sí mismo». Dios existe por sí mismo.

Dios es autoexistente. Existe porque tiene vida en sí mismo. Recuerda las palabras de Juan 5:26: «Porque como el Padre tiene vida en sí mismo, así dio también al Hijo el tener vida en sí mismo». Ahora bien, la vida de las criaturas no se deben a sí mismas. Dios les da vida. Las cosas creadas existen un día, y al día siguiente ya no.

Pero Dios no debe su existencia a ningún otro. Su existencia es parte de su misma esencia; es decir, él existe necesariamente en virtud de su naturaleza. Él no puede no ser, y no puede dejar de ser todo lo que es.

Volvamos por un momento a la pregunta de los niños que dijimos al principio: «¿Quién creó a Dios?». Bueno, un niño podría ser tentado a responder: «Dios se hizo a sí mismo». Pero eso no es verdad. Dios no se creó a sí mismo.

Porque eso sería una contradicción lógica. Tendría que darse a sí mismo la existencia, sin siquiera haber existido él antes. Entiendes a lo que me refiero. Dios es, según la Biblia, increado.

Dios es distinto a todo lo que está fuera de él, a todo lo creado. Él creó todas las cosas de la nada, lo cual es posible, porque Dios no tuvo un principio o una causa primera. Él es autoexistente. Lo que también significa que Dios es autosuficiente de por sí.

Él es independiente. No depende de nada en absoluto. Las criaturas necesitan algo para mantenerse. Por ejemplo, los bebés: necesitan leche, ser vestidos, que se les haga dormir, etc. Las plantas necesitan los nutrientes de la tierra, necesitan luz, agua, y demás. Pero Dios no necesita nada.

Es más, él no puede necesitar nada, de otro modo, sería incompleto, imperfecto, y no sería Dios. Dios es absolutamente perfecto y supremo, de manera que Dios es bienaventurado en sí mismo. Él es independiente, el Dios autoexistente.

Un segundo atributo tiene que ver con la eternidad de Dios. Solo Dios es eterno. Piensa en lo siguiente a modo de contraste. Los animales tienen un comienzo y un fin de su existencia. Y luego tienes a los hombres y a los ángeles; los hombres y los ángeles comienzan su existencia, pero no dejan de existir. Ellos continúan para siempre en la eternidad. Solo Dios no tiene principio ni fin. Dios es eterno.

Esta verdad está entrelazada por toda la Biblia. Piensa en Isaías 57:15: «Porque así dijo el Alto y Sublime, el que habita en la eternidad y cuyo nombre es el Santo...». Esto también lo cantamos en varios salmos. Por ejemplo, en el Salmo 90:2, cantamos: «...y desde el siglo y hasta el siglo, tú eres Dios».

La eternidad de Dios hace referencia a su infinidad, o su infinitud, aplicada al tiempo. Como él no tiene límites, no está limitado al pasado, presente ni futuro. No experimenta una sucesión de momentos que puedan medirse, ya sean en minutos o milenios. No, Dios es eterno.

Puede que te hagas la pregunta: «Bueno, ¿y Dios está en el tiempo?», y la respuesta es: «No». Dios creó el tiempo y trasciende al tiempo. La naturaleza eterna de Dios es una eternidad sin fin. Piénsalo: El tiempo es medible. Dios no es medible.

Ahora bien, es posible que captemos la idea más fácilmente cuando pensamos en días innumerables, incontables, en un número que va en aumento cada vez, más y más. Esto nos ayudaría a hacernos una idea.

Pero el hecho de estar fuera de los límites del tiempo es algo difícil de concebir por criaturas temporales. Vivimos en el tiempo y pensamos en función del tiempo. Comprenderlo nos supone todo un desafío.

Pero Dios no tiene pasado ni futuro. El tiempo no pasa en Dios. Él ve al pasado y al futuro simultáneamente; absolutamente todo en el acto. Esto se nos revela en el Señor Jesucristo, el Dios hombre.

Al abrir tu Biblia en el Evangelio de Juan, en el primer versículo, leemos: «En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios». Luego, si sigues leyendo, y al llegar al capítulo 8, versículo 58, leemos: «Les dijo Jesús: De cierto, de cierto os digo: Antes que Abraham fuera, yo soy».

De modo que Cristo, en su naturaleza divina, es eterno; y nosotros podemos contemplar algo de la gloria de Dios en la faz del Señor Jesucristo. Así, el segundo atributo que vemos, es que solo Dios es eterno. Como Creador del tiempo que es, está fuera del tiempo, gozando de una eternidad intemporal.

El tercer atributo es que solo Dios es invariable o inmutable. Malaquías 3:6 dice: «Porque yo, Jehová, no cambio; por eso vosotros, hijos de Jacob, no habéis sido consumidos». Un pasaje del Nuevo Testamento a considerar también es Santiago 1:17, donde dice que en él «no hay mudanza ni sombra de variación»; no hay cambio.

El universo creado está lleno de cambios, variaciones, alteraciones y fluctuaciones, y esto nos muestra su imperfección y debilidad. Pero, por encima de todo esto, está el Señor. De nuevo, los Salmos están saturados de este tema, y elevan nuestros corazones para contemplar al Señor, que es eternamente el mismo. Nunca difiere de sí.

En Dios no hay desarrollo o capacidad de crecimiento o de mejora. Todo eso supone un cambio. Puedes reconocer cómo esto se deriva de su infinita auto-existencia, autosuficiencia y su eternidad. Todo esto está en Dios. Lo cual significa que todos sus atributos son inmutables. Su poder es inmutable, su sabiduría, su bondad, su santidad, su amor, etc.

Esto nos ayuda a entender el lenguaje de las Escrituras, porque allí leemos de su «misericordia eterna» (Sal 136), o de sus «[piedades perpetuas]» (Sal 25:6), de las «abundantes riquezas de su gracia» (Ef 2:7), etc. Para Dios, cambiar es imposible; mientras que, para el hombre, no cambiar es imposible. Así pues, el tercer atributo es que Dios es invariable o inmutable.

El cuarto atributo es que Dios es sin pasiones. Nótese que las palabras «sin pasiones» se toman del párrafo que cité de la Confesión de Fe de Westminster, capítulo 2, párrafo 1. Dios es sin pasiones. Los teólogos lo llaman la impassibilidad de Dios.

Esto fluye de la eternidad de Dios y su inmutabilidad, su incapacidad para cambiar. Él no puede cambiar ni desde dentro ni desde fuera. Esto significa que él es incapaz, por ejemplo, de sufrir dolor o angustia.

Más exactamente, el ser de Dios no puede verse afectado por nada fuera de él mismo, o nada de lo creado puede actuar sobre él; ningún poder o influencia externa. Esto es lo que entendemos por sin pasiones o impassible.

Dios no es susceptible a la fluctuación de emociones, como los hombres sí. Los estados emocionales implican cambio y vulnerabilidad, e incluso la posibilidad de contrariarse con uno mismo. Esto nunca pasa con Dios.

Él no tiene emociones ni fluctuaciones emocionales. Eso sería una debilidad, sería una limitación para él. Piensa en lo terrible que eso sería: no podríamos confiar en él.

Sin su impassibilidad, Dios podría verse paralizado por el temor, nublado en su juicio, y demás. Pero Dios está satisfecho en sí mismo. Es incapaz de sufrir pérdidas, cambios, o manipulaciones.

Ahora bien, esto no significa que Dios sea indiferente, apático o inerte. No, él es la plenitud del ser y supremamente perfecto en todos sus caminos. No hay

carencia ni fluctuación en él. Por ejemplo, su amor. ¿Por qué? Porque su amor es constante. Todo es firme y estable en el ser de Dios. No tiene pasiones.

En tercer lugar, necesitamos ver la perspectiva polémica, y considerar un par de cosas. Lo primero es que, como vimos antes, el Nuevo Testamento habla del ser eterno de Cristo: «Antes que Abraham fuera, yo soy» (Jn 8:58).

¿Y qué con el nacimiento de Jesús? Bueno, en la encarnación, el Dios eterno —la segunda persona de la Trinidad— asumió en su persona la unión con la naturaleza humana. Su naturaleza divina permanece intacta en esta unión: incluso su eternidad.

Él no dejó de ser Dios cuando asumió la carne, ni tampoco puso aparte algún atributo de su deidad. Recuerda: Dios es sus atributos, lo cual lo hace imposible. Pero debemos distinguir la naturaleza humana y la naturaleza divina de Cristo sin confundirlas.

Tanto su nacimiento, como su crecimiento y muerte, se aplican a la naturaleza humana de Cristo, que es temporal. Pero, su naturaleza divina no puede nacer ni morir, porque es el Dios eterno. Veremos esto con más detalles en el cuarto módulo sobre la doctrina de Cristo.

Lo segundo, es que la Biblia parece enseñar que Dios cambia. Nos habla de él como si se arrepintiera, entre otras cosas similares. Ahora bien, cuando lleguemos a la parte del decreto de Dios, aprenderemos que este es eterno e inmutable, tal como Dios es.

Así que, cuando leemos en la Escritura acerca de Dios arrepintiéndose, o cambiando aparentemente de parecer, por ejemplo, cuando usó esas palabras antes del diluvio, o al referirse al rey Saúl, o incluso con Moisés, o piensa por ejemplo en Nínive y Jonás; todos estos son ejemplos que, superficialmente, nos sugieren que Dios cambia.

Pero, lo que entendemos por esto es que Dios se está acomodando a nuestra condición de criaturas, al descubriarnos el desarrollo de su plan. Desde nuestro punto de vista o desde nuestra perspectiva, parece que hubiera un cambio. Pero, en realidad, esto es que Dios está dirigiendo las curvas o las vueltas de su voluntad inmutable.

Piensa en Jonás, por ejemplo. Él le dice: «Ve a Nínive y proclama que de aquí a cuarenta días será destruida», y tiene toda la pinta de que así será. Pero, entonces, ellos se arrepienten: comenzando por el rey, y seguido por toda la nación.

¿Y qué hace Dios? Les muestra misericordia. ¿Ha cambiado Dios? No, Dios no ha cambiado. El mensaje que envió por medio de Jonás cumplió su propósito, y acabó trayéndolos al arrepentimiento, cumpliendo así su intención original, que era mostrarles misericordia.

Piensa en esto: si expones arcilla al sol, la arcilla se endurece; pero, si expones hielo al sol, acabará derritiéndose. Pero el sol permanece igual. Dios es inmutable en su ser, aunque en su revelación para con nosotros se acomode a nuestra condición de criatura, de formas que determinan nuestras respuestas para producir lo que ya había planeado en su propia mente y decreto.

Y así, aunque desde nuestra perspectiva parece que hay una transición o fluctuación, en realidad, Dios sigue permaneciendo estable y sin variación.

Lo tercero, es que algunos objetan que la Biblia habla de Dios como teniendo emociones. Esto con respecto a su impassibilidad divina. Bueno, esto es, de nuevo, una forma de expresarse en que Dios se acomoda a nosotros, sus criaturas; como cuando la Biblia nos habla de los ojos, de los oídos, el brazo de Dios y demás, y aún así, nos enseña que Dios es Espíritu, que no tiene cuerpo como los hombres.

Debemos entender que ese tipo de ilustraciones, como la de sus ojos, nos enseñan que lo ve todo, que lo sabe todo; la de sus oídos, que lo oye todo; la de su diestra, que goza de gran poder, y demás. Todas estas ilustraciones son significativas para nosotros.

En el mismo sentido, la Biblia condesciende con nosotros al describirnos a Dios en términos que podemos comprender, usando expresiones que asociamos al lenguaje emocional. Esto nos ayuda a responder a la revelación de su gloria. Pero no debemos confundirnos aquí. No debemos imaginar que Dios es como nosotros, que padece de necesidades, o sufrimientos, por ejemplo.

Eso se asemeja más a la idolatría de los dioses de la mitología griega, donde todos son inestables, necesitados y dependientes de la humanidad para su satisfacción o contentamiento. Pero no así con el Señor. Él no tiene pasiones.

En cuarto lugar, ahora podemos extraer algunas aplicaciones prácticas de estas doctrinas para nuestras vidas. Terminaré mencionando algunas de ellas. La primera es que, puesto que Dios es independiente y autoexistente, nosotros dependemos de él para todo lo que somos, para todo lo que tenemos, y para todo lo que hacemos.

Esto produce una humildad evangélica en el verdadero creyente. En 1 Corintios 4:7, Pablo dice: «Porque, ¿quién te distingue? ¿O qué tienes que no hayas recibido? Y si lo recibiste, ¿por qué te glorías como si no lo hubieras recibido?».

Es como si dijera: «Oídmeme bien: todos dependemos del Señor, y todo lo bueno, de su mano procede. No tenemos razones para jactarnos de lo que somos, de lo que hacemos, o de lo que tenemos, y demás. No, sino que debemos vivir mirándolo a él, apoyándonos en él por la fe para todo en nuestras vidas, ya sea para las necesidades físicas de nuestros cuerpos, o para las necesidades espirituales de nuestras almas. Para todo bien, ya sea temporal o eterno». La doctrina de la aseidad de Dios nos enseña a considerar nuestra total dependencia del Señor para todas las cosas.

Lo segundo, es que, dado que Dios es eterno, los cristianos tienen un gozo que nunca se acaba. Esto es lo que cantamos en el Salmo 16:11: «Me harás conocer la senda de la vida; plenitud de gozo hay en tu presencia, deleites en tu diestra para siempre». El Señor nunca dejará de satisfacer a su pueblo. Pero no así con las cosas de este mundo creado.

La gente piensa que el dinero, la fama, las posesiones o ciertas relaciones los van a satisfacer. Pero no, nunca lo hacen, porque nunca pudieron ni podrán. Pero el creyente pone su mirada fuera de este mundo, fuera del tiempo, en el Anciano de días, quién es el eterno gozo de su pueblo. Esto cambia nuestra visión de las cosas fugaces y perecederas de este mundo, y fija nuestros ojos, apetitos, deseos, deleites, propósitos y prioridades, todo aquello, en Dios mismo, el Eterno.

Lo tercero es que el hombre es «impetuoso como las aguas». Esas son las palabras con las que Dios describe a Rubén, en Génesis 49:4. Y el creyente también cambia. Cambiamos nuestro carácter por gracia: crecemos en la gracia, en poder, etc. Hay un cambio espiritual. Al igual que el violín, constantemente nos desafinamos, y se nos tiene que volver a afinar.

Vemos la vanidad de las criaturas y del mundo. Por tanto, no debemos esperar más de la criatura de lo que Dios ha puesto en ella. No debemos poner nuestra confianza, por ejemplo, «en los príncipes», como dice el Salmo (Sal 146:3). Todos cambian, todo cambia.

Pero Dios, él es la roca y el fundamento de nuestras vidas. Nuestro consuelo se halla en confiar en el Señor, quien es firme, estable y seguro. Y ante todas las pruebas y pérdidas de esta vida, debemos orar y buscar a Aquel que nunca se apartará de nosotros, Aquel que es el Dios inmutable.

Su amor permanece para siempre. Esto le da una estabilidad espiritual al pueblo de Dios en medio de un mundo inestable. En medio de todas las sorpresas, en medio de todas las incertidumbres de la vida, los cristianos descansan en el Dios inmutable. Nuestra fe debe estar puesta sólo en él.

Lo cuarto, es que, puesto que Dios es divinamente impasible, es extremadamente confiable. Hebreos 6:18 dice: «para que por dos cosas inmutables, en las cuales es imposible que Dios mienta, tengamos un fortísimo consuelo, los que nos hemos refugiado para aferrarnos de la esperanza propuesta».

Si Dios fuese susceptible a una fuerza externa o emoción interna, no tendríamos motivo alguno para consolarnos. En cambio, podemos hallar nuestro refugio en él, y ofrecernos sin reservas en devoción a él.

En esta lección, hemos estado aprendiendo más sobre el ser de Dios, conociendo algunos de sus atributos. Hemos aprendido sobre la existencia independiente de Dios, su ser eterno, su inmutabilidad o invariabilidad, y su impasibilidad divina, es decir, que es sin pasiones.

Esto nos da una perspectiva más clara de lo que debemos aprender sobre Dios en sus atributos. En las siguientes lecciones, seguiremos estudiando lo que la Biblia nos revela sobre los otros atributos del Dios vivo y verdadero.